

Consejo Académico de la Universidad de Panamá. **Reflexión en torno a la coyuntura.** *En publicación: Revista Tareas no. 123.* CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos, Justo Arosemena, Panamá: Panamá. mayo-agosto. 2006. ISSN 0494-7061

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/panama/cela/tareas/tar123/09consejo.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

TAREAS SOBRE LA MARCHA

REFLEXION EN TORNO A LA COUYUNTURA

Consejo Académico de la Universidad de Panamá

Durante las primeras décadas de la República, el liberalismo tradicional introdujo una noción de justicia social basada en la igualdad de oportunidades, la libre competencia y la desigualdad de los puntos de llegada.

La igualdad de oportunidades se promovió fundamentalmente a través de la educación pública y los incentivos a la actividad productiva local. A la mayor cantidad posible de panameños, el Estado liberal le entregaba las herramientas del conocimiento para que, entre otros objetivos, algunos inmediatos, otros a más largo plazo, tuvieran la oportunidad de incorporarse competitivamente a la actividad productiva. La educación primaria, secundaria y universitaria permitió crear la base tecnológica y cultural indispensable para el desarrollo. Los incentivos _tierras, créditos, exoneraciones y aranceles preferenciales- permitieron a muchos panameños vincularse a la actividad empresarial y productiva en el campo y la ciudad.

Esa política, tímida, poco agresiva, acertada y desacertada en muchas ocasiones, criticable o no, rindió sus frutos, permitió crear ámbitos empresariales, propiciar el desarrollo y generar empleos. Pero, igualmente, estimuló el rápido crecimiento de las capas medias. Por esa razón, muchos sectores pudieron transitar desde las áreas marginadas y excluidas hacia la pequeña burguesía y pudieron mejorar sus condiciones de vida. La movilidad social, hacia arriba, canceló por períodos muy largos las crisis sociales y los enfrentamientos de clase.

Hoy el panorama no es el mismo.

El mundo global es una realidad y también una calamidad. Es real en la medida en que la ciencia, la tecnología, el conocimiento, las comunicaciones, los medios de comunicación, la informática y el mercado borran las fronteras geográficas y mentales de la humanidad, a la vez que amplían y diversifican las oportunidades. Pero es una calamidad en la medida en que estos mismos factores del progreso sirven, tanto a las hegemonías foráneas como a las domésticas, como telón de fondo para articular un sistema de despojos y empobrecimientos sistémicos, cuyas consecuencias saltan a la vista: despilfarro, recesión, desempleo. Corrupción, pobreza, marginación, exclusión y violencia.

En otras palabras, progreso, desarrollo, unidad en la diversidad, inevitables y necesarios, serían postulados de profundo contenido humanista siempre y cuando no sirvieran, como sirven ahora, para ampliar la brecha entre los países más ricos y los más pobres. Siempre y cuando sirvieran para elevar la condición humana y no para envilecerla.

Siempre y cuando no indujeran en sociedades como la nuestra la concentración de la riqueza en pocas manos, la expansión acelerada de las áreas marginales y excluidas, la desaparición de la pequeña y mediana burguesía, y la creciente proletarización de las capas medias y el colapso de las clases populares, a través de ordenanzas identificadas por la nomenclatura oficial de hoy como neoliberales.

El panorama podría agravarse si, como se dice, la articulación transnacional _después de la apropiación de las telecomunicaciones y las fuentes generadoras de energía- contempla en el futuro inmediato importantes concesiones del patrimonio nacional, esto es, poner en subasta bosques, montañas, playas e islas a inversionistas extranjeros con criterios sustractivos y egoístas similares a los que prevalecieron en la antigua Zona del Canal, como si fueran soberanos y a perpetuidad.

Más grave aún, sería ceder a las ciclópeas presiones de Estados Unidos encaminadas a desconocer los controles *fito y zoo* sanitarios del Estado panameño y admitir sin *contrastación* de ninguna naturaleza la libre importación de productos agropecuarios provenientes de Estados Unidos.

El incremento desmesurado de las tarifas de la energía eléctrica, puesto en ejecución a partir de enero del

presente año, viene a agravar de manera alarmante el costo de la vida de los panameños, constituyendo un nuevo ingrediente en el proceso de deterioro de la paz social.

Constituye, pues, motivo de profunda preocupación para los universitarios, que sea este ambiente económico-social deteriorado y enrarecido, el escenario en que se desarrollará el gran debate nacional en torno a las propuestas de ampliación y modernización del Canal de Panamá. Hasta el momento existe un clima total de hermetismo acerca de las implicaciones técnicas y medioambientales de la proyectada ampliación, así como los costos multimillonarios del proyecto. Cifras cuasi inimaginables, que oscilan entre los cinco mil y los veinticinco mil millones de balboas se mencionan como los probables costos y el país, con justicia se pregunta: ¿Cómo se pretende financiar el proyecto? ¿Tendremos los panameños que hipotecar el futuro del país por muchas décadas, quizás por más de un siglo, para financiar la ampliación de una vía cuyo mayor beneficiario es el gran comercio transnacional y las empresas navieras?

Desgraciadamente, el sistema hegemónico mundial, al convertir el mercado en eje regulador de la vida misma, al exacerbar el consumo como el modo de existir por excelencia, al sustituir las iniciativas industriales locales por los nuevos-ricos-intermediarios del comercio mundial, al promover la inversión extranjera sin mecanismos reguladores que impidan la fuga masiva de capitales, al sustituir la libre competencia de corte liberal por la concentración oligárquica neoliberal de la propiedad, al despojar al Estado de su rol mediador y regulador observado prudentemente hasta por el liberalismo tradicional, al sujetar toda su estrategia de desarrollo al recetario de los organismos multilaterales de crédito, todo eso gracias a la complicidad de una tecnología ultraconservadora cooptada ideológicamente por los centros de poder, destruyó o está por destruir los procesos de industrialización locales y con ello el mundo solidario de la producción agroindustrial y del trabajo: en consecuencia, solamente un porcentaje muy limitado de trabajadores todavía conserva derechos laborales y sociales, o está en capacidad de pelear por ellos, mientras la gran mayoría, en forma creciente, incluyendo importantes sectores de las capas medias, pasan en forma acelerada a integrar los núcleos marginales y excluidos de la población, creando la antesala de una crisis de imprevisibles consecuencias.

Y ¿cómo se empobrece a las capas medias? Al carecer de una política sostenida de salarios y congelación de precios, el Estado condena a las más pobres a pagar directa e indirectamente los viejos y nuevos gravámenes en su totalidad. Supuestamente legisla para obligar a los que más tienen a pagar más. Tal supuesto se desvanece porque, en la práctica, el empresario goza de todas las prerrogativas para trasladar los gravámenes al consumidor a través del mercado. Por eso el asalariado no solo paga una vez en forma directa: en realidad lo paga dos, tres y hasta cuatro veces al consumir porque cada empresario, a lo largo de la cadena comercial, sea como productor, mayorista, intermediario y vendedor al detal, cada uno a su vez, traslada el gravamen al producto que vende: ¡un verdadero despojo por goteo!

Los econométristas de hoy, o sea, los economistas de la "Era de la Globalización", creen ciegamente en la posibilidad de solucionar los problemas del desarrollo mediante modelos estadísticos y económicos sustraídos, la gran mayoría, del recetario fondomonetarista. Su último invento, el *trickle down effect*, es decir, la distribución por goteo, evoluciona como un fiasco si tomamos como ciertos los informes que indican que la pobreza se incrementa en forma geométrica en relación con la acumulación de la riqueza. Según esa teoría, la opción de los más pobres es acomodarse debajo de la mesa en espera de las sobras de los comensales. La verdad es que las gotas derramadas por la riqueza tendrán el mismo efecto de un hueso arrojado a una jauría.

Por otro lado, los programas de ayuda social no retornable diseñados para transferir parte de la riqueza acumulada a los sectores marginados y excluidos, mientras se castiga a las capas medias, no disminuirán las cifras de pobres sino, por el contrario, la aumentará. A la mendicidad oficializada _dar el pez sin enseñar a pescarlo- se sumará la pequeña burguesía culta y empobrecida.

Los programas liberales contribuyeron en alguna época a des-proletarizar a los proletarios. Los programas neoliberales de hoy, en forma inversa, contribuyen a proletarizar a las capas medias y pequeñas burguesas. La movilidad social es ahora hacia abajo, hacia el fondo, de la cima a la sima. Por eso, a estas alturas, no es raro encontrar médicos, ingenieros, arquitectos, agrónomos, economistas, detrás del timón de un taxi, desarrollando actividades económicas informales, es decir, una intelectualidad venida a menos,

resentida, cuya alianza con los excluidos y marginados no se da por descontada en la medida en que se empobrezcan más y más.

Por eso la clave de la gobernabilidad o ingobernabilidad en el futuro inmediato estriba en la capacidad que tengan los gobernantes de la región, y particularmente en Panamá, para activar o desactivar esta bomba ante de que los panameños, como ya ha ocurrido en otros países de la región, se vean obligados a vivir la crónica de un estallido anunciado.

Dado en la Ciudad Universitaria "Octavio Méndez Pereira", a los diecinueve días del mes de enero de dos mil seis. Firman el rector de la Universidad de Panamá, Gustavo García de Paredes y el secretario general, Miguel Angel Candanedo.